

agrandarse, agrandarse... y al fin he salido al campo libre, á los montes, al cielo, al sol, y he respirado con avaricia el aire puro...

GRACIA. ¡Gonzalo!

GONZALO. El empleo de mi vida ha sido soñar; entre las páginas de mis libros están mis sueños de gloria y de amor, como si fueran flores disecadas... Pero, con soñar tanto, nunca imaginé que los obreros de mañana, los artifices, los hijos del trabajo, los niños de hoy, pudieran bendecir nuestros nombres juntos...

GRACIA. Nuestros nombres juntos...

GONZALO. Sí. ¿Llora usted, Gracia?

GRACIA. ¿No lo ve usted?

GONZALO. Esas lágrimas son para mí un premio inestimable.

GRACIA. No son más que el rocío de las flores de sus libros de usted...

GONZALO. Gracia, ¿qué quiere usted decirme?

GRACIA. Déjeme usted, Gonzalo...

GONZALO. ¿Por qué tiembla usted?... ¿Por qué tiemblo yo?...

GRACIA. Los dos temblamos por lo mismo.

GONZALO. ¿Serás tú verdad también, delirio de mi vida?... Gracia asiente delicadamente con la cabeza. Con ansia amorosa. ¿Sí?

GRACIA. Casi sin voz y sin palabra. Sí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la tarde y en el mes de Octubre.

DON FAUSTINO aparece sentado, con un periódico en la mano. BERRUGUETE sale por la puerta de la derecha, sin sombrero, pero con una preocupación en la cabeza.

DON FAUSTINO. ¿Quién era?

BERRUGUETE. Nadie. Efectivamente, no habían llamado.

DON FAUSTINO. ¿Lo ve usted?

BERRUGUETE. Es que hoy tengo yo motivos para creer que llaman á todas horas.

DON FAUSTINO. Claro: como no ha ido usted á la fiesta...

BERRUGUETE. No es eso, no...

DON FAUSTINO. ¿Por qué se ha quedado usted, cuando han ido todos?

BERRUGUETE. Porque para algo me ha hecho usted secretario suyo, dispensándome un altísimo honor.

DON FAUSTINO. El honor es para mí, señor de

Berruguete. Además, si le quitaron á usted su empleo por faltas de que tenía la culpa mi hija más que usted, lo menos que yo podía hacer es lo que he hecho.

BERRUGUETE. Pues ya se ha comentado por ahí de muy mala manera... y ya hay quien dice que saqué mi tajada... y ya... En fin, quede esto aquí. Á su tiempo se sabrán las cosas.

DON FAUSTINO. No haga usted caso de chismes ni de habilllas. Usted es un hombre superior.

BERRUGUETE. ¿Y usted, por qué no ha ido?

DON FAUSTINO. Por varias razones... Como nunca salgo de mi casa, al hacer una excepción el día de hoy, hubiera parecido que me movía la vanidad ó que quería compartir con mi hija lo que, en rigor, corresponde á ella sola. Además, la calle me aturde; la mucha gente me marea...

BERRUGUETE. Ya: eso sí. ¿Va usted á acabar de leer el artículo ese?

DON FAUSTINO. Sí; ya queda poco.

BERRUGUETE. Pero es lo más bonito. El señor Segarra pone la pluma que da gusto.

DON FAUSTINO. Leyendo. «Volvemos á decirlo otra vez: solemne es el día de hoy en la historia de Guadalema, y habrá repique general de alegría en los corazones de todos los buenos.

Cuando una idea generosa, debida á un hijo ilustre de esta ciudad, fracasaba por motivos tan complejos como poco simpáticos, una voluntad de acero, puesta al servicio de un corazón de oro, ha sabido y podido realizar por sí sola lo que entre todos no logró realizarse.

La señorita de Latorre, Gracia Latorre, como familiarmente la llamamos en Guadalema, al colocar hoy la primera piedra de ese Asilo para los niños pobres, al echar los cimientos de obra tan admirable, con liberalidad y largueza que la enaltecen, ha pensado sin duda con el poeta:

*Dios, que da su follaje al bosque umbrío  
y al alba su arrebol,  
para templarnos el calor y el frío  
no cuenta, no, las gotas del rocío  
ni los rayos del sol.»*

BERRUGUETE. Me afecto, me afecto...

DON FAUSTINO. «Orgullosa debe estar de su arranque sublime: tiene el premio más alto en su propia acción. Cuando ese Asilo, que hoy principia á ser una realidad, lo sea completamente, las madres de Guadalema á cuyos hijos sirva de refugio y amparo, bendecirán á Gracia Latorre; y cuando, rendidas por el sueño, caigan bajo el peso del trabajo del día, el postrer pensamiento de todas será para ella, bien así como el último rayo del sol á la tarde es para la cumbre más elevada y hermosa. ¿Qué mejor premio?»

BERRUGUETE. ¡Anda! ¡que les va á sentar bien á Lolita Sanjuán y á su madre!

DON FAUSTINO. Amigo Berruguete: no se alegre usted nunca del bien de nadie porque haga rabiar al vecino.

BERRUGUETE. Pero ¿usted sabe cómo está esa familia, señor?... Digo, esa familia y muchas. Crea usted que la noticia del rasgo de Gracia cayó como

una bomba. Ha sido un mes de no descansar las tijeras. ¡Que se fastidien!

Don Faustino pasea. Berruguete, de pronto, principia á dar al aire cortes y reveses, como si se estuviera batiendo á sable.

DON FAUSTINO. Advirtiéndolo. ¿Qué hace usted?

BERRUGUETE. Nada, no... nada... ¡Pícaros nervios!... ¿De manera que le ha gustado á usted el artículo de *El Defensor*?

DON FAUSTINO. Sí; mucho.

BERRUGUETE. Ese Segarra vale, ¿verdad?

DON FAUSTINO. Yo le tengo en gran estimación. Empobrecido en su periódico, defendiendo sus ideas siempre con el mismo entusiasmo, y eso que ya, por viejo, sabe que no ha de verlas realizadas, ni un solo momento ha perdido ni la fe, ni la dignidad.

BERRUGUETE. De esos cocos, pocos.

DON FAUSTINO. No tan pocos, ilustre Berruguete. Hay muchos hombres de valer, modestos y oscuros, como cohibidos y asustados ante el triunfar escandaloso de los enanos que chillan para que se les vea.

Pausa. Don Faustino continúa paseando. Berruguete lucha entre su impulso de dar tajos y mandobles y la presencia de don Faustino.

BERRUGUETE. Tardan, tardan los de la fiesta...

DON FAUSTINO. Esas ceremonias son siempre largas. Empiezan los discursos... quieren hablar todos...

BERRUGUETE. Ah, lo que es yo, si llego á ir, hablo. Y hablo para hacer sangre. Se tira á fondo sin poder contenerse.

DON FAUSTINO. Criatura, ¿está usted loco?

BERRUGUETE. Perdóneme usted... Es que me sucede una cosa... Ya saldrá, ya saldrá... Mira su reloj. (¡Huy!) Con su permiso, me voy á llegar en un soplo á la Cervecería... Cosa de dos segundos...

DON FAUSTINO. Lo que usted quiera: yo no lo necesito.

BERRUGUETE. Gracias. Vengo al instante... Vase por la puerta de la derecha, dando sablazos.

DON FAUSTINO. Sí que debe de ocurrirle algo anormal... Oyendo charloteo por el jardín. Ya está aquí mi gente.

El charloteo no deja de oirse hasta la aparición de GRACIA y MAROLITA, las cuales se supone que están despidiendo á otras señoras.

JULIA, CARMEN y DANIEL vienen por el jardín, de la fiesta, con los trapitos de cristianar. Carmen y Daniel son, como Julia, criados de la casa.

DON FAUSTINO. ¡Hola! ¡hola! Pensé que no volvía ninguno.

JULIA. ¡Ay, señorito!

DON FAUSTINO. ¿Qué tal ha estado aquello?

JULIA. ¡Ay, señorito!

CARMEN. ¡Lo que nos hemos acordado de usted!

DANIEL. Ha habido tres discursos.

JULIA. ¡Y qué apreturas! ¿Verdad, tú?

CARMEN. ¡Ah, qué apreturas!

DANIEL. ¡Qué gentío! Gente pobre, la mayor parte.

JULIA. Y señorío también.

CARMEN. ¡Y qué de palmas! ¡y qué de vivas!

DANIEL. Tres discursos he contado yo.

DON FAUSTINO. ¿Y la señorita, está ahí?

JULIA. Ahí está despidiéndose de unas señoras.

DON FAUSTINO. ¿Y Diego y Roque?

DANIEL. Detrás de nosotros venían.

DON FAUSTINO. Bueno, bueno; pues andad á vuestros quehaceres.

JULIA. Vamos, tú.

CARMEN. Vamos.

*Se van las dos por la puerta de la izquierda.*

DANIEL. Habrá que leer los papeles mañana. El cojo ha estado bueno de verdad. Se va por la puerta de la derecha.

*Llegan sucesivamente por el jardín, como los criados, SALVADORA y JUAN, SARMIENTO, y GRACIA y MANOLITA.*

JUAN. Tenga usted muy buenas tardes, don Faustino.

DON FAUSTINO. ¿Qué es eso? ¿También vosotros venís de allá?

JUAN. ¡No que no!

SALVADORA. Nosotros, los primeros.

JUAN. Que sea para bien, señorito, como tiene que ser. ¡Qué cosa más manífica!

SALVADORA. De eso se ve mu poco.

JUAN. Á ésta creí que tenía que llevármela. Se le encogió el corazón cuando principiaron las mujeres á darle vivas á la señorita, y en na estuvo que se me privase.

SALVADORA. Me entró un ahogo...

JUAN. ¡Qué cosa más manífica, señor!

SARMIENTO. Emocionadísimo y atoiandrado. ¡Solemne! ¡solemne! Esta es la palabra. ¡Déme usted un abrazo!

DON FAUSTINO. ¡Querido Sarmiento!

SARMIENTO. ¡Solemne! ¡solemne! ¡Una honra para todos! Tiene usted una hija que yo quisiera que fuese mía.

DON FAUSTINO. Muchas gracias. Digo lo mismo de su señora de usted.

SARMIENTO. ¡No, no! ¡Manolita ha ayudado; pero no, no!... ¡Qué acto! ¡qué fiesta! ¡Solemne! ¡solemne!

*Este señor parece que tiene la cabeza de papel, según lo poco que le pesa y lo que la mueve. Hablando jadea frecuentemente como perro cansado. Viene de levita y con botón en la solapa.*

DON FAUSTINO. Aquí está mi heroína.

GRACIA. ¡Ay, gracias á Dios! ¡Papá!

*Se abrazan.*

MANOLITA. ¡Se ha perdido usted, por comodón, la alegría más grande de su vida!

DON FAUSTINO. La más grande la tengo ahora.

GRACIA. Has debido ir, papá. Te hubiera gustado.

DON FAUSTINO. Ya sabes que prefiero las cosas contadas por tu boca á vistas por mis ojos.

MANOLITA. ¡Qué fiesta, don Faustino! ¡qué espectáculo!

SARMIENTO. ¡Verdaderamente solemne!

GRACIA. Separándose de su padre. Abuelos, me han dicho que traéis una comisión.

JUAN. Sí, señorita...

GRACIA. ¿Qué es ello? Veamos.

JUAN. Que esta noche en los barrios hay hogueras... y pólvora... y baile... y jaleo... y como saben tos que yo tengo aquí algún metimiento, y